

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO. = *Revista de teatros, por D. Francisco Flores Arenas.* = *Días geniales, por D. Juan Cuesta, conclusion.* = *Redencion, por M. Octavio Feuillet.* = *Anuncio.* = *Correspondencia.* = *Geroglífico.*

REVISTA DE TEATROS.

El Balon ha mudado de piel como las culebras, y parécenos que con la nueva ha de irle mejor que con la antigua. La compañía de zarzuela que allí funcionaba terminó sus trabajos con el mes último, y el Sr. Solis, cuya diligencia es proverbial, tanto hizo que al fin logró reunir una compañía dramática, sirviéndole de base algunas de las partes de la antigua, y en especial el Sr. Orea, primer actor y director, eclipsado durante algunos meses por las corcheas y las semifusas. Han vuelto, pues, á este coliseo la joven señorita Castro, que anuncia ser una buena actriz si pierde tal cual resabio, y el Sr. Ballesteros, actor muy aplaudido, y que en algunos papeles merece bien el serlo. También se ha contratado á la Sra. Bastío, al Sr. Jimenez, y á algunos otros, de los que nos iremos ocupando á medida que tengamos ocasion para ello.

Aunque no la primera ejecutada, fué la primera produccion nueva que vimos un drama del Sr. Eguilaz titulado *El patriarca del Turia*, del cual vamos á ocuparnos, juzgándolo solo por la representacion, puesto que no hemos leído la obra. A pesar de esto confiamos en no cometer ninguna inexactitud mayúscula en la reseña que de su argumento pretendemos hacer.

En una pequeña poblacion inmediata á Valencia vivia allá por los últimos años del siglo décimo sexto un anciano que contaba á la sazón, segun decia, mas de ciento de edad; pero

que entero aun de ánimo y vigoroso de mente, era, digámoslo así, la providencia de aquellos habitantes, que acudían á pedir consejo en él á la sabiduría y á la experiencia. Era en fin un verdadero patriarca, y este nombre habia logrado la consagracion de la fama desde que se lo dió un su estrecho y célebre amigo, ya entonces difunto, el gran Lope de Rueda, autor á un tiempo y comediante, conocido en nuestra historia literaria como uno de los primeros, ó como el primero quizá que abrió al arte un camino en el que pocos años después habia de alcanzar tantos laureles Lope de Vega.

Este *Patriarca del Turia* no era otro que Juan de Timoneda, librero valenciano, amigo, segun va dicho, y editor de Rueda, quien además fué como él poeta dramático, y del que conservan las bibliotecas trece ó catorce composiciones entre comedias, pasos y farsas. Sábese de él que murió muy viejo, entrado el año de 1597.

Juan de Timoneda, pues, se supone aquí que habiendo abandonado años antes á Valencia, vive retirado del mundo en aquel pueblecito, cuidando de la educacion de su nieta, la bella Margarita, único resto de su familia.

Deseoso de establecerla antes de su muerte, que á sus años mira cercana, apoya las pretensiones de un chicuelo tonto y rudo, hijo de un su amigo alcalde del lugar, y que aspira á obtener su mano; pero era imposible que Margarita, joven de talento, de corazon, y educada por tan buen maestro como lo era su abuelo, aceptase de buena voluntad semejante novio. Sucedió, por tanto, lo que era forzoso que sucediese. La joven se prendó de un alférez, segundo de una ilustre familia, y que al pasar á las Indias con su compañía habia hecho breve alojamiento en el pueblo. Este mozo, muy galan y muy apuesto, no vió tampoco con indiferencia á Margarita, y ambos anudaron pronto unas relaciones amor-

sas muy secretas, pero al propio tiempo muy puras.

Por este tiempo supone el autor el casamiento del rey Felipe III, con ocasion de cuyas fiestas se verifica en Valencia una justa literaria, de la cual Lope de Vega hace nombrar presidente á su amigo y maestro Timoneda. En su consecuencia parte este á la ciudad acompañado de su nieta, quien disfrazada logra allí ver y hablar á su amante, lo que da motivo á que el anciano descubra indignado los amores de Margarita.

Vuelto á la aldea, el alférez no cejando en su propósito se introduce todas las noches por el balcon en la casa de su amada. Sorpréndelo el anciano, hay allí una escena copiada de *García del castañar* y recopiada de *No ganamos para sustos*, en la que al cabo el enamorado doncel, arrostrando la cólera que prevee ha de estallar en su noble familia, pide la mano de Margarita y renuncia á la gloria y á la fortuna, á fin de que su esposa no se separe del anciano de quien es único apoyo y consuelo.

En este drama se ve desde luego la mano del Sr. Eguilaz, así en sus desaciertos como en sus aciertos, así en sus extravagancias dramáticas como en sus primores de versificación y de caracteres. El de Juan de Timoneda constituye un tipo muy bello y muy interesante, es el verdadero personaje del drama. Margarita es una muchacha como las que se ven frecuentísimamente en la escena; es decir, pasión, toda pasión, y nada mas que pasión. Esto es como el almíbar; tomado á pasto y comido á cucharadas debe de empalagar al mas goloso. El alférez no es tampoco una gran figura, porque está colocado en una posición algo falsa. El hijo de un grande de España de los de aquella fecha, casado con la nieta de un librero cesante, y obligado á hacerse vecino *usque ad mortem* de un pueblucho de mala muerte donde está condenado á tratar solo con aquel bruto de alcalde, con el zopenco de su hijo, y con Mencigüela la novia del barbero, y la amiga íntima de su mujer, de seguro que pasará la luna de miel contento, y aun otra luna entre satisfecho y resignado; pero antes de un año es probable que dé á todos los diablos la mala hora en que se dejó coger por el viejo en la ratonera. Esto al menos es lo mas probable.

El Sr. Eguilaz no abandona aquí su antigua manía de presentarnos como protagonistas de sus dramas á cuantos en mas ó en menos ocupan un lugar así en nuestra historia literaria como en la artística. Agotada casi del todo la lista nos saca hoy á plaza á Timone-

da, conocido de los eruditos y aficionados; pero cuyo nombre no ha llegado á los oídos de las nueve décimas partes, por lo menos, del público que concurre á este drama. De su historia no se sabe mucho, pero aun lo poco que se sabe no concuerda con la circunstancia de la acción, puesto que, segun dijimos, parece averiguado que el poeta valenciano murió en 1597 cuando el casamiento de Felipe tercero, en cuyas fiestas de boda se le supone figurar, no se verificó hasta el año de 1599.

La versificación es muy fluida, y muy cadenciosa. Peca de lírica y de arcaística, y no poco, segun acontece casi siempre á su autor.

Esta circunstancia influye considerablemente en la marcha del argumento. El Sr. Eguilaz se conoce que ama á sus versos tanto que no quiere sacrificarlos á la acción. Verdad es que son muy buenos. Pero la acción es antes que ellos. Por eso se observa en su drama una languidez mortal, se habla muchísimo y sucede muy poco. Esto perjudica en gran manera al éxito de una obra, por otra parte bien escrita.

El argumento todo se resiente del estrecho parentesco de este drama con el titulado *La vaquera y La Finojosa*. Verdad es que son hermanos, pero parecen mellizos.

En la ejecución se distinguió el Sr. Ballesteros, y la jóven Castro estuvo bastante bien.

El Sr. Orea estaba muy inseguro en su papel, y por tanto nada hizo de lo poco que allí es dado hacer. Los demás regulares.

La función debió de terminar mucho despues de la una de la noche. ¡Ración es!

El Principal sigue luchando con cien mil dificultades, ó mejor dicho, su empresa es la que lucha con cien mil dificultades y por añadidura con el mismo Principal. Por mas esfuerzos que ha hecho no ha podido todavía poner en escena *La hija del regimiento*, y eso que estaba ya dias há corriente de ensayos.

Entre tanto Fra-Diávolo gana terreno, como era de preveer, y *la ganga* se repite aun dos veces, como no era ciertamente de preveer.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

DIAS GENIALES.

CUADRO SEGUNDO.

EL BAILE DE LOS INOCENTES.

(CONCLUSION.)

La repugnancia que me causaba ponerme

á bailar en medio de una plaza, desconociendo por completo aquel género de baile y espoñiéndome á las risas y soeces burlas que iba á suscitar en aquellas gentes mi extravagante figura, me decidieron á emplear todos los medios posibles por evadirme de aquel compromiso, y creí lo mas acertado presentarme á la señorita.

El alcalde, el abogado, y hasta el mismo D. Camilo, quedaron riendo como unos niños á la puerta de la botica, y la farmacéutica reia tambien, aunque me pareció un tanto contrariada. El sacristan, declarándome de buena presa, se vino conmigo como si temiese que escapara de entre sus garras.

—Señora! dije á la ex-colegiala despues de hacerle una afectuosa cortesía; me dicen que ha tenido V. el mal gusto de dar dinero por verme bailar, y como nunca he tenido esta habilidad, venia á suplicar á V. me eximiese de ello.

—Y qué quiere V., caballero! me contestó con acento risueño; será mal gusto, imprudencia, ó puro capricho; pero el dia de los Inocentes es dia de hacer niñerías, y yo he tenido la de querer que baile V. un poquito.

—De veras?

—De veras; y si V. no quiere darme ese gusto, consultará con su bolsillo.

—Señora! dije yo echando, como suele decirse, el alma á la espalda; dar yo dinero por disgustarla, seria faltar á toda regla de galantería, contrariando en ello mi mayor deseo.

—Pues en ese caso baile V.

—Bien, respondí apoderándome de una idea que juzgué salvadora; yo estoy pronto á bailar siempre que V. me acompañe. Un duro doy, digo volviéndome al sacristan con la autoridad del que toma posesion de un nuevo fuero, porque esta señorita salga á bailar conmigo.

—Así! así! dijeron las otras jóvenes riendo á toda vela.

—Y qué dice V. señorita? preguntó el sacristan abriendo dos ojos como dos camuesas.

—Digo, contestó la jóven algo sonrojada, que.... saldré.... aunque ya siento que la chanza haya sido demasiado costosa.

—Señora! nunca será bien pagada mi satisfaccion, repuse yo decidido ya á arrostrarlo todo.

—Tome V. el duro, diga á mi cancerbero entregándole un napoleon.

—Perdone V., caballero; pero ha dicho V. un duro, y estos no son mas que decinueve reales.

—Bien, hombre; ahí tiene V. mas de lo que falta, contesté dándole otra porcion de cuartos, y marchando impávido con mi linda pa-

reja en direccion al gran corro, donde estaba escrito que habia de lucir aquella tarde mi gentil persona.

En medio del vértigo que me causaba la idea de tener que bailar y dar al traste con toda la gravedad de mi carácter, se me ocurrió un medio que me pareció muy á propósito para desviar algun tanto la atencion de las gentes, dividiéndola entre mas objetos. La idea era semidiabólica, ó por lo menos poco caritativa; pero en aquella ocasion la encontré tan conforme á mis planes, que no vacilé un momento en ponerla en ejecucion.

—Oiga V. buen hombre! dije al sacristan perdonándole lo de los diez y nueve reales; tome V. esta peseta porque vengan aquí á bailar al mismo tiempo que nosotros, el alcalde, el cirujano, el abogado, la boticaria y hasta el cuerpo y alma del mismísimo D. Camilo; y dígales V. que hemos de bailar todos aunque me cueste el zancajo de las calcetas.

No bien habia soltado la peseta en la callosa mano de mi diligente perseguidor, cuando ya estaba intimando la órden á los pacíficos tomadores del sol.

A la primera amonestacion se me negaron abiertamente, y el sacristan volvió á decirme que no habia forma de persuadirlos, alegando que ellos ya estaban fuera de todos aquellos laberintos.

—Dígales V., le contesté empinándome sobre las puntas de los piés y con el ademan imperioso de un dictador; que no oigo razones ni excusas de ningun género.

El sacristan bajó la cabeza, se acomodó sobre los hombros la capa negra, que con tantas idas y venidas llevaba casi arrastrando, y volvió como un autómatas á dar cuenta de su embajada.

Sérias debieron ser las contestaciones que mediaron entre unos y otros, y diversos tambien los pareceres, pues mientras la cirujana y la boticaria se retocaban el pelo, sacudían los vestidos con la mano y se prendian una á otra algunos alfileres, indicios claros que optaban por bailar, D. Camilo disputaba con el alcalde, hasta el punto de bajársele á media cara las oscuras gafas de cuatro vidrios, dejando ver por encima las blancas cataratas de sus ojos, que brillaban al sol como dos magníficas perlas orientales.

Pero no hubo remedio.

Las señoras rompieron espontáneamente la marcha hácia el baile, y detrás de ellas el cirujano y el abogado, tirando de D. Camilo, á quien llevaron poco menos que arrastrando.

—Paso á la sal del mundo! paso á la gracia de Dios! decia el tio Picante cuando la boti-

caria y la cirujana luchaban por romper la valla de gente que habia al rededor del baile.

El muy truhan habia visto desde su sitio toda la intriga.

—Pues señor! dijo el cirujano al llegar al corro tirando de D. Camilo; en rueda y al negocio, que por nosotros no ha de quedar: y entregando á uno de los circunstantes su capa parda, se estiró los largos cuellos de su camisa y escupiéndose las manos, dió dos palmas y unas cuantas castañetas, echándola de gracioso.

Acto continuo se dirigió al sitio donde se hallaban los mozos, quitándose su gorrito de pana negra, del que pendia una exígua borla de seda.

D. Camilo sin soltar su balandran azul turquí lleno de manchas de jarabe y emplastos, se arregló con la compasiva cirujana, estipulando que le dejaria bailar pacíficamente y sin agitarse, y el alcalde dijo que bailaria con el abogado.

No me toca á mí describir la impresion que debió causar mi figura bailando manchegas; lo que únicamente puedo decir es, que el cirujano lo hizo con bastante soltura y agilidad sorprendentes, y que el alcalde y el abogado no lo hicieron tampoco del todo mal.

Mi pareja estuvo algo seria conmigo; tal vez no le agradó mi posicion académica; pero nada de esto fué bastante á hacerme quitar la vista de mi pobre D. Camilo, que con los brazos un poco estendidos y el balandran abierto, giraba á uno y otro lado, conservando siempre los pies inmóviles dentro de las babuchas. Sin querer me acordaba de los elefantes funámbulos de Neron.

Compadecido al fin de la pesada broma que estaba haciendo sufrir, y en uso del derecho que tenia de poderle mandar cesar, previa la retribucion competente, llamé al sacristan y le dí dos cuartos porque D. Camilo cesase en su funambulismo, con lo que el pobre viejo quedó curado instantáneamente de su ataque de tarantela.

Media hora despues celebrábamos todos la ocurrencia en la cocina del boticario, á la alegre llama de un haz de sarmientos y sendos zoquetes de leña de olivo.

JUAN CUESTA.

REDENCION.

POR

M. OCTAVIO FEUILLET.

PERSONAJES.

MAGDALENA.	MAURICIO.
MILLER, cura párroco de San Estéban.	El príncipe ERLOFF.
ISAAC ZAFARA, judío.	ROSA, cómica.
El conde JUAN.	BERTA, niña de ocho años, hija de Rosa.
El duque de ESTIVAL.	Una doncella.
Lord SHAFIELD.	Un sacristan.

La escena pasa en Viena en la época actual.

I.

Á LAS CINCO DE LA TARDE EN INVIERNO, EN LA IGLESIA DE SAN ESTÉBAN.

La iglesia está desierta; en los altares de las capillas arden algunas luces. Mauricio está de pié cerca de un pilar, y se vuelve al ruido de los pasos de Magdalena que se adelanta lentamente y con incertidumbre. Viendo que la observan, baja su velo. Mauricio moja un dedo en la pila del agua bendita, y le presenta á Magdalena inclinándose y sonriendo.

MAURICIO.

A la española.

MAGDALENA.

Mil gracias. (*De repente retira su mano sin tocar á la del joven, y continúa diciendo*): ¿Podríaís guiarme hasta la sacristía? Me han dicho que allí podria encontrar ahora al señor cura Miller, con quien tengo que hablar.

MAURICIO.

Ahí está en ese confesonario; muy luego lo vereis salir.

MAGDALENA.

Mil gracias, caballero. (*Se apoya en una silla.*)

MAURICIO, *despues de una pausa.*

Aunque sea una indiscrecion, quisiera haceros una pregunta...

MAGDALENA, *interrumpiéndole.*

Caballero, no es un oficio decente el plantarse junto á la pila del agua bendita para hacer la corte á las señoras: esas galanterías de sacristan tienen algo de ridículo si no de odioso. Os digo desde luego mi modo de ver en la materia, á fin de evitaros palabras inútiles conmigo.

MAURICIO.

Antes de ponerse así á la defensiva una se-

ñora debería asegurarse bien de que la atacan, pues de otro modo se espone á demostrar mas impaciencia que modestia, mas hipocresía que virtud verdadera. Vuestra juventud que revelan muy graciosamente vuestro andar y el sonido de vuestra voz, me alientan á dirigiros la palabra como si fuérais mi hermana; dignaos escucharme.

MAGDALENA.

Os escucho pues... qué deciais?

MAURICIO.

Traía al señor cura una limosna para sus pobres y queria suplicaros que se la entregárais de mi parte.

MAGDALENA.

Yo! y por qué? me conocéis?

MAURICIO, *riendo*.

Mucho lo sentiria.

MAGDALENA.

Ah!... explicaos.

MAURICIO.

He vivido ya lo bastante para saber el respeto que se debe en el mundo á los velos y á todo lo que es misterio. La manía de buscar siempre la realidad es lo que echa á perder la vida.

MAGDALENA.

Qué quiere decir todo eso?

MAURICIO.

Que no faltan personas de mi edad que al veros sola y al adivinar que sois muy linda, tratarian de seguiros y conoceros. Por mi parte deploraria saber el nombre humano y positivo de la vision delicada que se me apareció en la sombra bajo los arcos sagrados, y que mi mano ha estado á punto de desaparecer con su contacto. Hé ahí el único recuerdo que quiero conservar de este instante; pero añadireis á él una ilusion mas si os dignárais encargarnos de mi ligera limosna.

MAGDALENA.

Dádmela. (*Toma dos monedas de oro.*) Si la poesía os alimenta, poca sustancia sacareis; la poesía no es moneda corriente en nuestros tiempos.

MAURICIO.

Os aseguro que eso es un error. Permitidme que os recuerde el voto que todo el mundo hace de vivir una hora en cierto episodio de una novela favorita, de tomar puesto entre los personajes de algun cuadro preferido, y de

respirar un momento el soplo ideal que el poeta ó el artista manifestaron en su creacion. Diariamente hace el Señor que se cumpla este voto para todos aquellos que con sencillez lo desean; diariamente siembra á manos llenas bajo sus pasos detalles de un encanto poético y sobrenatural... En este instante, en medio del cuadro religioso y místico que nos envuelve, vuestra actitud pensativa cerca de esa columna apenas alumbrada, y esta entrevista fugitiva con un desconocido, ¿no tienen ciertos caracteres del mundo de la imaginacion? Pues asimismo fuera del mundo real hay en la vida mil rincones misteriosos, donde ciertas naturalezas eligen domicilio y refugio, y donde viven bendiciendo á Dios.

MAGDALENA.

Muy jóven me pareceis para tales ideas.

MAURICIO.

Aprendí la experiencia prontamente. Pero hé aquí el señor cura. (*El cura Miller sale del confesonario y se arrodilla en los escalones de una capilla.*)

MAGDALENA.

Tiene reputacion de mucho entendimiento y de un corazon noble, no es verdad?

MAURICIO.

Y la merece. Él fué quien se negó á seguir la moda singular de cerrar las iglesias al anochecer, porque sabe muy bien que á esa hora el valor flaquea, toda pasion se fortalece. A esas horas de duda y de tentacion, cuando los cafés y los teatros encienden sus peristilos provocativos, ese buen anciano entreabre la puerta de su iglesia y pide en nombre de Dios á este una oracion, al otro un remordimiento, á todos un pensamiento elevado. (*Miller se levanta como para marcharse.*) Pero, ay! señora, siento haberos molestado tanto tiempo.... pero ¡es tan raro el hechizo de hallar en una mujer la bondad unida con la gracia!.... Dios os dé la dulce emocion que llevo yo en mi corazon enternecido. (*Saluda y va á marcharse.*)

MAGDALENA.

Perdonadme, caballero... no puedo saber?... (*Vacila como reflexionando; luego se quita el guante y ofrece agua bendita á Mauricio.*) Adios. (*Se adelanta rápidamente hácia el cura Miller. Mauricio la sigue con los ojos. Después de cambiar algunas palabras con el sacerdote, Magdalena desaparece con él entre las sombras del templo.*)

UN PEQUEÑO LOCUTORIO ADORNADO CON ALGUNOS CUADROS RELIGIOSOS EN LA IGLESIA.

EL CURA MILLER, MAGDALENA.

MILLER, *sentándose y dando una silla á Magdalena.*

Calentaos, hija mia; hace mucho frio esta noche... pobre criatura!... andando por la nieve!... calentaos.

MAGDALENA, *cortada.*

Señor cura, os traigo quinientos florines para vuestros pobres.

MILLER.

De parte de quién, hija mia?

MAGDALENA.

De mi parte.

MILLER.

¿Tan joven y ya disponeis de una cantidad tan crecida?

MAGDALENA.

Señor cura, soy Magdalena, del teatro imperial.

MILLER, *tomando los billetes.*

Muy bien, me encargo de repartir la limosna.

MAGDALENA.

No hablareis de mí, señor cura.

MILLER.

No, no, quedará entre nosotros.

MAGDALENA.

Además, con la misma intencion os entregaré dos monedas de oro de parte de un joven que no conozco, y que se encontraba en la iglesia cuando yo entré... Pero, dónde están? No le hace... tomad estas otras... (*Saca dos monedas de oro de su bolsillo.*) ¿Conoceis á ese joven, señor cura?

MILLER, *riendo.*

No lo he visto, y os diré que conozco muy pocos jóvenes; estos se dirijen mas á vos, señorita.

MAGDALENA.

Ay! señor cura, se dicen tantas cosas que no son ciertas!

MILLER.

Lo creo así. (*La mira con atencion. Magdalena un poco turbada y como no sabiendo qué decir, se levanta bruscamente.*) Dicen que tenéis mucho talento, cosa superflua en una persona de vuestra hermosura. Tengo entendido que salís esta noche en una pieza nueva.

MAGDALENA.

¿Cómo, señor cura, estais enterado de esas cosas!

MILLER.

Os voy á dar de mí una mala opinion,

MAGDALENA.

Es imposible.

MILLER.

Mientras estoy en este mundo quiero saber lo que en él pasa; primero por curiosidad, y luego por un deber que me he impuesto. Leo los periódicos todos los dias; y aunque no doy grande importancia á los artículos de teatros, no dejo de recorrerlos. El teatro fué mi flaco en todos tiempos; por el teatro el diablo me tentó con mayores apariencias de triunfo... es tan astuto el diablo!

MAGDALENA.

Señor cura, el diablo es un necio, á mi juicio, y vos sois muy bueno y muy amable.

MILLER.

Hija mia, la bondad es el único hechizo que está permitido á los ancianos; es la coquetería de las canas.—Pero vamos á ver, hija mia; me habeis dado un encargo para los pobres... ¿no podríais darme otro para el Señor de esta casa? Le tomaria con mas júbilo aun.

MAGDALENA.

Ay! hé aquí ya lo que temia; hé aquí por qué queria marcharme. No puedo corresponder á vuestra caridad delicada sino apelando á mi franqueza... mi única virtud en el mundo... Señor cura, no vengo á confesarme... no creo en nada... creo en los pobres porque los veo, y les traigo quinientos florines que no necesito. No interpreteis de otra manera mi limosna... Es un capricho de mi imaginacion que he tenido esta noche... ni mas ni menos.

MILLER, *meneando la cabeza.*

Qué decís, hija mia!

MAGDALENA.

Lo que siento, señor cura; no busqueis aquí el dedo de Dios, porque no está.

MILLER.

En cuanto á eso os engañais; yo entiendo mas que vos en la materia. A que habeis venido á pié.

MAGDALENA.

Sí.

MILLER.

Ya lo decia yo.

MAGDALENA, *riendo.*

Y dónde está el milagro?

MILLER.

Podeis reiros, Magdalena; pero el enfermo que se sonrie mirándose al espejo para verse con buena cara, se engaña á sí mismo sin engañar el ojo de su doctor experimentado. Voy á poner el dedo en vuestra llaga, no griteis....

MAGDALENA.

Hablad.

MILLER.

Os aburrís mortalmente.

MAGDALENA.

Ay, señor! A quién se lo decís!... Desafío al aburrimiento á que penetre en mi vida... ¿Sabéis lo que es la Magdalena del teatro imperial?—Es una muchacha de veintidos años, libre como el aire, y hecha de cierta manera que agrada sin que se comprometa su corazon. El sol reia en medio del horizonte cuando ella vino al mundo; la noche que salió á las tablas por primera vez, antes de que hubiese hablado la aplaudia el público con delirio, solo porque tenia á la vista su blanca dentadura y su juventud; las flores nacen por la mañana sobre su alfombra y llueven sobre su cabeza por la noche; tiene su corte como los reyes, y no se la habla sino en verso como á los dioses. Su presencia anima todas las fiestas, y se diria que cuando se va las luces se apagan; es una criatura mimada por la fortuna, que vive feliz y que cruza el mundo deslumbrado y prendado de ella, en medio de una alegría continua, y en una indiferencia que jamás se interrumpe. La naturaleza me ha hecho para chispear á los ojos de todos como una piedra preciosa; y esto es tan exacto que cuando me pongo seria nada mas que un minuto, hago un gesto ridículo. (*Se rie.*) Por eso á mi primera arruga, fiel á mi destino, sabré que debo morir, y moriré contenta con el labio risueño, como en vida... Así me aburro, señor cura.

MILLER.

Direis que soy obstinado; pero me atengo á lo dicho.

MAGDALENA, volviéndose á sentar bruscamente.

Pues señor, teneis razon; con todo eso me fastidio soberanamente hace medio año... Así es que me pongo en camino como una princesa de un cuento de hadas con la resolucion de recorrer los desiertos en busca de los anacoretas afamados, á ver si me esplican el asunto... Seria capaz de evocar al diablo, á fin de saber el nombre del mal singular que me devora en medio de mi esplendor y de mi hermosura.

MILLER, con gravedad.

Ese mal es el supremo bien, hija mia; es el alma.

MAGDALENA.

El alma!.... y qué es el alma? Vamos, señor cura, raciocinemos un poco.... yo poseo sin duda un cuerpo y un espíritu; pero os confieso que mi metafísica se limita á esto, y creo que ese cuerpo y ese espíritu constituyen ellos solos todo lo que tengo el honor de ser. En cuanto al alma, la digo *Nescio vos*.

MILLER.

¿Y de dónde procede el enojo que os devora? ¿De qué procede el dolor que os trae aquí desolada, Magdalena? Si estais hecha de carne y de inteligencia solamente, ¿qué os falta para ser dichosa? Esa vida brillante que me habeis descrito, ¿qué caricia puede negar á vuestros sentidos delicados, qué satisfaccion ó qué triunfo rehusa á vuestro espíritu? Si esos dos elementos constituyen vuestro ser, ¿cuál de los dos puede sentir una amargura, proferir una queja? No, ambos se callan, ambos están contentos: el gemido que os turba en medio de la embriaguez, es la voz de vuestra alma inmortal que desconoceis y que protesta... de vuestra alma que tiene en muy poco todas las alegrías terrestres y que reclama su alimento. No me digais que no me comprendéis; vuestros ojos os desmienten de antemano.

MAGDALENA.

Supongamos que os comprenda, señor cura; pero continuad como si no os comprendiera, y esplicadme mi enfermedad en términos mas claros para una mujer mundana.

MILLER.

Hija mia, la superioridad que se ve marcada en vuestra frente, suplió sin duda á los años y os esclareció antes de tiempo, pues el mal que os atormenta no es ordinariamente tan precoz, si bien espera inevitablemente en el crepúsculo de la juventud á todo ser humano que solo se propone en la vida disfrutar de los placeres equívocos de que dispone el mundo. Cuando al fin se apacigua el ruido estrepitoso que nuestra juventud hace en nosotros mismos, hay para todos aquellos que vivieron entregados á las vanidades profanas una hora de silencio solemne; entonces el principio divino se despierta en ese silencio y les habla; un destello súbito les muestra en toda su profundidad el vacío de su pasado y el vacío mas espantoso aun de su porvenir. Un negro hastío les aleja de sus costumbres favoritas, y una curiosidad estraña les impele hácia las emociones mas en contradiccion con su vida

pasada. Las palabras y las imágenes que eran objeto de su indiferencia ó de su risa, deber, piedad, honor, sacrificio, se aparecen á ellos de repente con atractivos irresistibles. Los unos espantados y débiles huyen esa luz sumergiéndose mas adentro en el golfo, y los miserables consiguen sofocar de nuevo la voz de su alma hasta el día de su despertar eterno; en tanto que otros mas fuertes obedecen con probabilidades diversas á esa tentacion de virtud que Dios les envía como última amonestacion.

(Se continuará.)

Segun nos avisan de Madrid se halla terminada la publicacion de la novela **DAMIAN EL MONAGUILLO**, original del conocido escritor **D. Jose M. de Goizuea**; por tanto, los Sres. suscritores de **LA MODA** que deseen adquirirla podran avisarlo a nuestro Administrador, pues dentro de pocos dias llegaran los ejemplares.

CORRESPONDENCIA.

Sra. D^a M. del C. F.: *Sevilla*.—Suscrita hasta fin de Setiembre.

Sr. Don J. S.: Id. Id.

Sr. Don G. J. A.: Id. Id.

Sr. Don F. G.: Id. Id.

Sr. Don A. R.: Id. Id.

Sr. Don J. G.: Id. Id.

Sr. Don F. del V.: Id. Id.

Sr. Don J. B. de la C.: Id. Id.

Srta. H.: Id. Id.

Sra. D^a C. de Ch.: Id. Id.

Sra. D^a C. G.: Id.—Suscrita hasta fin de Julio. Los números publicados desde 1^o de Mayo se le remitieron por el correo del 10.

Sr. Don A. V. y P.: Id.—Suscrito hasta fin de Agosto.

Sra. D^a E. A.: *Barcelona*.—Suscrita hasta fin de Setiembre.

Sra. D^a I. M.: Id. Id.

Sra. D^a L. S.: Id. Id.

Sr. Don J. S.: Id. Id.

Exema. Sra. Baronesa de la P. Id. Id.

Sra. D^a I. Ch.: Id.—Suscrita hasta fin de Diciembre.

Sra. D^a M. F.: *Almería*. Id.

Sr. Don F. de la V. y B.: *Santa Marta*.—Id. Puede V. remitir el importe de su suscripcion en sellos de franqueo, rebajando el valor de 11 que remitió de mas al renovar el segundo trimestre.

Sra. D^a M. E.: *Olot*.—Suscrita hasta fin de Diciembre.

Sra. D^a B. E. de A.: *Valverde del Camino*.—Suscrita hasta fin de Setiembre.

Sra. D^a M. F. y V.: *Alfaro*.—Id.

Sra. D^a F. J. M. de H.: *Madrid*.—Se recibieron los sellos para renovar la suscripcion de D^a D. B.

Sr. Don L. M.: *Departamento de la Carraca*.—Se recibieron los tres sellos que adeudaba.

Sra. D^a P. M. de G.: *Albuñol*.—Suscrita hasta fin de Octubre.

Sra. D^a E. F.: *Puerto de Santa María*.—Se le ha remitido el número reclamado.

Sr. Don F. B.: *Zafra*.—Se recibieron los 13 sellos que era en deber. Por el correo del 14 se le ha remitido la obra de equitacion pedida: su importe 19 rvn.

Exema. Sra. C. de C.: *Toledo*.—Segun sus deseos se le ha remitido el día 14 los cuatro números primeros del tomo de este año, los cuales pertenecen al mes de Diciembre del anterior; en su consecuencia concluye su suscripcion á último de Noviembre.

Sr. Don M. T.: *Ibiza*.—Suscrito hasta fin de Diciembre.

Sr. Don V. G. C.: *Frailes*.—El día 14 se le ha remitido el patron de Mayo.

Sra. D^a A. P.: *Coruña*.—Suscrita hasta fin de Diciembre.

Sr. Don F. de P.: *Coruña*.—Se le han remitido los números 15 y 17 de *LA MODA* de este año, y dos colecciones desde 1^o de Julio.

Sr. Don J. P.: *Fuengirola*.—Queda trasladada su suscripcion á Puerto Real.

Sr. Don M. F.: *Salamanca*.—Suscrito hasta fin de Octubre. En el próximo Patron se pondrán las iniciales que pide.

Solucion del geroglífico anterior.

La Virgen es reina Soberana de los ángeles.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

